

OFFERTORIUM

*Nadie más que la mano desarmada,
la tenue palma
y este dolor...
latido de muerte insomne.*
Jaime Gil de Biedma

Estoy alerta mientras mi padre duerme la mitad de su cuerpo entre las sábanas.

Déjenme que murmure el encaje de una oración que crece de esta aguja
en las horas de estos huesos callados que hacen su ruido adentro
para que no se escuchen por mi casa.

Tengo así como un aire que se escapa de mi ojo
que naufraga en su intento por drenar su mirada de otra mirada
triste que así se le recuerde.

Afuera de mi cráneo hay una veladora
que grita en llamaradas la salvación de un hombre.

Adentro millones de velitas apagadas
estorban a éstas mis manos frías que hurgan por si he dejado de antes
otro cirio allá afuera.

¡Qué oscuridad tan larga en tan poquito tiempo!

Hoy he visto que un parecido a vidrio llevamos en las manos.

Parecieran romperse

—frágiles escudillas para cargar la sangre—

pero solo se ensucian o se rayan.

Tiemblan las manos inconteniblemente
después de pronunciada la trombosis.
Callo ante esta palabra que vuelca nuestras vidas.

Después de oída en el oído profundo que el corazón conecta
con los huesos
ya no son más los huesos ni el oído
los que duelen.

(Entre los ojos queda una pequeña película de sal
donde los hijos somos los actores del miedo.)

Déjenme solo un rato con mi cuerpo.
Quiero sentirlo a plenitud ahora que duele.

El cansancio es un dolor mayor de lo que había temido.
Y la angustia es una invalidez que se aloja en mis manos.

Los dedos torpes para cargar un cuerpo que parece
que muere pero lucha
teclean unas letras inmóviles ruidosas haciéndose
a la idea de una larga caricia.

(No quiero la caricia dilatada
sino el abrazo fuerte que en sus olas rompía
cualquier adiós posible.)

Con la especial tristeza de las cosas comunes
las que ambos —a la par— mantuvimos hundidas en la frente
digo que para amar es necesario haber estado solo.

Lo sé tan bien ahora que por sentirme solo
puedo decirle «te amo»
tan solo
con el tacto.

Nunca fueron más torpes estos dedos
que ahora que recorren las últimas doce horas
de este día que comenzó de pronto
con la mitad del cuerpo
desvalido.

Mi padre está aferrado a su mitad
—aunque se duerme.

La otra mitad le corresponde a Dios
pero aún no despierta...

MIGAJAS PARA UNA DESPEDIDA

*La poesía empieza
cuando ya has olvidado qué es lo que te asustaba
pero aún tienes miedo.*

Benjamín Prado

No se ha muerto mi padre
pero casi.

Es la palabra quieta
de este poema. Es el hijo
incompleto que me calla.

Sombra del trigo. Estepa
sin pisadas. El invierno se siente
a cada impulso: un aire
dolorado de espigas
familiares y lobos en las sienes.

No duele, pero
casi sentimos esa gota
de asombro: demora los relojes en las caras
igual que las abuelas hicieron
con el péndulo (detenido cuando alguien nos dejaba
más solos en el mundo).

Esta su muerte empieza desde hace varios
libros y alguna rasgadura.

Me dicen que al igual que la luz
se encuentra próxima.

(Los que no pueden ver
expresan sombras.)

Yo lo niego: la tristeza es impropia
de los hombres. Yo
lo niego.

La lentitud de lo que no hemos dicho
se nos siembra en los ojos.

Y pienso en este frío en el que hundo las manos
con los aullidos párpados.

Encuentro una palabra que aterida me llama. En la escritura
del corazón hay un empeño
por encontrar la tinta que en el pecho se amase.

Nos rendimos al viaje de polvo
revestidos: mi padre y sus costumbres
tan dulces y dañinas; yo
y la ceguera por todo
lo que una huella quiebre.

Desde la oscuridad escapan las palomas. Dejan mis manos
libres para asir el silencio que llegue
con la lluvia. Agua que nos responda
porqué se deja atrás lo que incendiamos
para que hubiera luz.

Un corazón de padre se agita
en este poema. Esta sola tristeza
haciendo círculos.

Por el llanto del pez conocemos los mares y esa suerte
de suponer que todo se renueva si horneamos otro pan contra las olas.

Él entra en la penumbra
guiado por las migajas que he dejado al azar
siguiéndolo en la muerte.

Porque no sé si cavo (o quepo) en lo que soy de él
nuestro miedo es la vela.

OJOS ADENTRO

(REINUM)

*La luz no muestra las cosas como son. Las reviste,
se diría que las viste, para que se les vea.*

Sin este vestido no serían visibles.

Pero no son este vestido.

Roger Munier

Para Marco Antonio Campos y Mario Heredia

Duerme. Todos sus herederos murieron en el bosque
pero él duerme. Sudor de miel y musgo
alquitrán a la sombra del peligro. Cae en tiza
su ronca ensoñación, su vegetalidad de crin y de heno.
Tendones, ligamentos, cascos sin herradura.
Galope hacia la luz
el aliento del árbol no es el tiempo ni el fruto.
Este bosque tiene un resto de mundo que lo habita.
Por lo oscuro es azul
como el canto del mirlo en las alturas
pero también espacio.

Donde duerme hay un papel y lápices:
enramada y zarzal, acequia, esquejes, los rumores
de las vincapervincas.
Con maleza de pájaros enjaeza corceles en su boca.
Cuando florece un mirlo cambia el árbol
y el aliento del hombre se congela.
Dejamos de respirar la noche que está detrás del tronco
para inventar la lluvia.

Fermentación del odre y los herbarios
de las enredaderas en zarcillos
el cielo moja de azul el bosque de los sueños.
En la raíz se calla lo que no tiene canto.
Mejor dicho, es como si durmiera.
¿Si Dios hablara
volvería a hacerse el hombre en su silencio?

Aunque dormido dice:
nunca supe de mí en el nacimiento
y no sabré mi muerte
¿por qué la luz oculta las tinieblas?
Esa hierba que crece entre las tumbas ha callado
los siglos que ahora observo.
¿Quién consuela a la muerte?
Hasta unas hojas caen para que el hombre conozca
la transparencia con la que se ha vestido.
Yo me miro en el árbol
en su media naranja de la luna
como hoja que no sabe de la rama
y no desea ser fruto, sino lápiz, un pájaro
o lo que escucha adentro.
¿Qué refleja la luna de lo oscuro?
¿Deja de ser espejo cuando nadie la mira?

Ahora que pienso en mí
imagino el pasado que abre sus cortinajes
para que yo me vista.
Dejo que entren las sombras
hasta cerrar mis ojos.

Y vuelvo a ser un árbol: el punto
de donde parte el sueño a las alturas.
La luz que hace que mire el canto
no escucha ni puede darle nombre a lo que vuela.
La verdadera luz desaparece todo.
Porque llamar al mirlo no es conocer su ruego:
es el silencio lo que levanta al ave.
Qué somos sino un vergel umbroso
colmado de palabras cuando un árbol nos calla.
Y cantamos el fruto
no su mosto.

+

(IN PARADISUM)

Adán nunca fue niño.
Le faltó una navaja para rasgar su carne
y nombrar con su sangre al otro
que sabía la partitura.
Preferible dejar que venga otro hombre
a coser mi madera con su mano
afilarse el grafito de mis ojos
o inventar a la mujer que muerda el fruto.

La última luz hace el ruido más alto: aquel
que ya no se oye, pues iguala al silencio y recomienza el mundo.
Allí donde Dios reina
y los mirlos resguardan su secreto.
Dios no calla.
No tiene la palabra para decir al árbol.
Posee la huella de una luz que no existe.

Respira de la luz. Se ahoga
en la sombra.
Agoniza de olvido.
Cae adentro del árbol infinito
y no sabe
que cae
como en un sueño.

El árbol muere sostenido por sus propias raíces
y suda miel y musgo para ser recordado.
No deja hueco
ni tumba en los jardines.
Lo que oprimía su voz, estalla en hojas.
Es el edén lo que ya no reposa sin el árbol.
Es la muerte
quien nunca termina de morir
cuando se acaba el verde
de los mirlos.

CABALLOS DESBOCADOS

[CONFESIÓN DE MISHIMA]

Viene mi padre
y dice: hay un sitio
en el hombre
en el que nunca he estado.
Desde niño lo supe. Cambia de voz
la voz
que desde un blanco
tenue
fortifica los huesos cuando avanza
y regresa lo grave del morir
con esta otra visita que nos hace
la vida. Nos ha dado la espalda aquello
en que montamos la primera ilusión
el enamoramiento
la pasión
la costumbre
y luego el desencanto.
Viene
y se va
sin fin
resonando la sangre.
En ese punto
exacto
del que ya nadie escapa
de la arteria
hay un filo de voz
una burbuja mínima
que estorba en la carótida

y da paso a otros hombres, des
conocidos todos, urgentes
en la urgencia de hallarme
en el respiro, la voz
entrecortada
la vena en la cuchilla
de este decir “papá” cuando siempre
fue el padre quien nos marcaba
el paso.

Viene conmigo y vuelve
su sombra
silenciosa. Viene
apenas su voz detrás de los caballos
y azotaron las puertas del quirófano
en donde estoy tendiendo estas palabras. Es
más firme que yo si sostiene
mis dedos. Enormes como ese dios que llega
retrasado a la cita que pedimos
hace casi dos lustros, su sombra
es una coz
casi aquel sobresalto que provocan los ojos
que no aman
lo que amamos, pero que no por eso dejan
de ser un grito, la sirena encendida de ese deseo, pasión
estampida de estar dentro de una mirada, aunque se nos desangre
el alma por sus finas suturas. La cicatriz
es brida, un tope
nunca más la armadura
por muy azul que sea, por cielo
desmedido o el recuento de daños
de ese alguien que no está.

Se escucha una sirena lejanísima: parece decir *horses, horses, horses*,
pero yo escucho *hurts, hurts, hurts*.

Puede venir
de mí, igual que vino el padre
de su padre y su padre.
Pueden venir los restos del naufragio
a incinerar mi voz
y no van a callar
esto
que estoy mirando.
Y si puede venir, que diga
para quién se presenta, qué sombra
fue la suya
si son ciertas estas duras palabras que caen
sobre la nieve. Más dura (casi tarda) en volver a nosotros
el agua del alivio que nos diagnosticaron. La sangre
que es de todos
tiene un trote distinto. Se escucha *horses*
aunque resuena *hurts*. Otra
manera de saltar por las cercas, y a lo lejos
sólo queda el rumor, la sequedad del ojo
y ese helado callarnos
la partida.

Pero que no nos diga que es
la muerte: esa mi sombra larga
porque puedo matarla
contra mi propio miedo.

En cambio, al padre
no. Viene
conmigo el sitio donde nos encontramos.
Esa caballeriza de haber estado juntos en mis treinta
y dos años que son el par de espuelas
que le hincó en los ijares, que aprieto en sus costillas
con las cuales desgarró su grupa con un amor de hierro
a fuego vivo y cal para la herida. Y si lo monto
a pelo, ese padre no deja de patearme
de relinchar la negación del hijo
no dos sino tres veces, no un par sino otros hijos
la sagrada familia que no vaya a enterarse de estas cosas
porque ya no hay amor, aunque haya avena
y lazos y herradura para quien se encabrite.

Escucho una sirena ya muy cerca: parece decir *hurts, hurts, hurts*
pero resuena *horses*.

Que no nos diga el padre, ese hombre
que se viene con sus escasos litros de ternura
tan bronca, el semental más hosco
que se doma la muerte si viaja detrás nuestro
o si la colocamos adelante
apretamos su vientre y le dejamos ir
todo el camino andado tras la sombra del padre.

Puede o podría venir conmigo esa sombra de voz
que ya no reconozco como la de mi padre. Pudiera ser
una leche más fértil al traspasar sus belfos
y abandonar ese cilindro duro que cargo junto a mí
como una cartuchera, como un cuerpo más mío
el agudo disparo que iniciara en la aorta

y estalla en la válvula tricúspide con su gota de sangre
su DNA similar, los altos triglicéridos
que no brincan la cerca y por eso se escuchan las sirenas
en ese mar de fondo de su arteria, en ese mar profundo
del dolor y por toda la sala ambulatoria. Amar
era una excusa para estar con mi padre. Lo que realmente
quise fue penetrar su piel hasta encontrar mi cuerpo
latiendo gota a gota.

Mi padre, en cambio, vino
sin válvula mitral y sin arterias: dejó
que le llenaran el cuerpo de tubitos de plástico
y de suero. Ahora se alimenta
de sombras y temores. Desde la hombría
lo sé: y abandono mi voz por la que ahora le sangra. Intercambio
su abrazo por mi beso. No lo dejo sufrir, porque no es de hombres.
Preparo mi escopeta, apunto a su garganta y cuento: una, dos, tres.
Una, dos, tres, papá, no te me escondas.
Una, dos, tres, por ese enorme padre que vuelve
a estar conmigo.

MANERAS DE CORREGIR UNA VIDA

Seguir vivo es romper algún impedimento
como se quiebra un vaso
o se deja caer el cuerpo de quien amas.
Esa historia repetida como si fuera
la sílaba que da principio al sol y cierra con la luna: esa
palabra que nos roba el aliento y debimos ~~tachar~~ cauterizar
desde antes que inventaras, papá, la cinta correctora en IBM. Sola
voz que adelgazara el tiempo y no las tantas veces
que pasamos la cinta por todos los errores
cometidos. Luz ~~de sol~~ cuyo brillo va menguando
igual que nuestras fuerzas. O, mejor dicho, el cuerpo
mecánico que empezó como un reloj ~~exacto~~
más fino que el que te regalaran en International Business Machines Corp.
y que, luego de tanto darse y dejarnos mirar
perdió sus manecillas, extravió el minuterero
y al final la memoria y aquella corrección tan honorable
que aprendimos de niños y ahora, al seguir vivos
en los tiempos actuales no es correcta. ~~Ahora~~ las palabras
tienen distintos géneros y un uso represivo
que nos obliga a usarlas para no causar daño ni herir
ya no digamos la mano que recogió los restos de ese vaso
medio lleno sino ese gran vacío que hay
dentro de la palabra
a quien recibe el vidrio (no nuestra agua).

Esta historia, la infancia
era pasar de una copia al carbón a la esfera con letras
y el corrector que usaste con una cinta scotch y que desarrollaron
los expertos en modelos recientes que también

manejamos: la Panther, lo recuerdo, tan rápida como ese
ir y venir de la escuela a la vida, de la vida al amor
y después a tus hijos, los sobrinos y nietos
quienes tal vez ignoran que ese invento fue tuyo
y ganaste un reloj antes, antes, muy antes
de perder los modales y la vida. La Panther
cuya escritura aparecía después de haberla escrito
como en un borbotón, en un rugido: larga voz
sigilosa que me dejó escribirme para ganar tu afecto
aunque lo supe ~~tarde~~, después
de que la luna cerrara con su vocal más líquida
tus párpados, tu caja, esa
incineración de las palabras con las que no te dije
que llegué a ~~tiempo~~ tarde para tu despedida.

De ti, tengo
el anillo que quedó de ese fuego wagneriano. Antes tuve
y ~~rompí~~ aquel reloj con cubierta de cuarzo
que tú me regalaste. Por fortuna, no
el premio de IBM. No recuerdo qué se hizo
o si es la herencia que recibió mi hermano.
Nos repartimos, casi en partes iguales
tu Pinochos y radios miniatura. No así el tiempo:
mis hermanas te disfrutaron más. Te protegieron más
y recibieron aquella incorrección que te dejó el infarto
y no pudo borrarse ~~fácilmente~~.

Como la hora
se da: la censura es el modo
de atarnos las muñecas con un reloj de sílabas. Las mujeres
no quieren ser tratadas como si fueran hijas y debiste, papá
cuidar más tus palabras y utilizar tu invento con quienes más

te amaron, con quienes levantaron tu cuerpo oscurecido
del que soy una copia, imagen al carbón, tu semejante.

Es una pena que los ordenadores no integren esa cintilla blanca
ese color del médico que dijo que tú no eras grosero
sino la enfermedad. Bata blanca que borra, perdona
y modifica la falta de paciencia ~~o~~ esperanza.

Pena que ~~no~~ sentimos. Bata luna
que debiera cerrar esta plegaria
para que salga el sol, aunque
se muestre oscuro como el papel carbón
que no puede copiar otras palabras. Si acaso
~~o~~ caso, esa línea de don Gonzalo Rojas que dice: No
importa que la noche nos haya sido negra
por igual a los dos.

Yo sé, por líneas más
arriba, que *Ahí viene el hombre, ahí viene.*
Esto lo tengo claro: ~~no~~
lo quiero ~~borrar~~.